

taciones personales. También observamos que las fuentes consultadas son muy limitadas. El volumen terminará, además de con las notas y bibliografía, con un apartado de conclusiones, apartado que, en nuestra opinión, podría ser definido más como una introducción-resumen del trabajo que como las conclusiones a las que se ha llegado tras la elaboración del mismo.

Después de todo lo anteriormente expuesto, únicamente añadir que el autor contaba, de base, con un tema del que podía haber obtenido valiosos frutos y que ha quedado en una mera exposición de situaciones y aspectos conocidos; por tanto, quizá, el libro pueda ser utilizado por el lector profano como una aproximación a la materia.

M. Rojo

**L. A. GARCIA MORENO: LA ANTIGÜEDAD CLASICA.
EL IMPERIO ROMANO, EDIT. EUNSA,
PAMPLONA, 1984, 559 PAGINAS**

Este libro se inserta dentro de la interesante colección que bajo el título genérico de «Historia Universal» viene editando la Universidad de Navarra, en la que el autor ha intervenido con anterioridad a la aparición de este libro. Ante todo queremos patentizar la encomiable labor que en la confección de esta obra es llevada a cabo por el Dr. García Moreno. El autor consigue no sólo penetrar y conocer perfectamente un campo tan extenso y arduo, a la vez que interesante, como es el estudio del Imperio Romano, donde la cantidad de personajes y acontecimientos a todos los niveles son bastante numerosos, sino que consigue hacerlo con una precisión asombrosa y además con un estilo tan sencillo y claro, pese al cúmulo de estos hechos, que el trabajo resulta perfectamente asequible incluso al lector más profano, lo que, sin duda, pone de manifiesto la capacidad tanto investigadora como divulgativa del autor.

Divide el Dr. García Moreno esta obra en tres bloques; el primero de los cuales abarca el período comprendido entre los años 30 a. C. al 161 d. C., es decir, desde Augusto hasta los primeros Antoninos, y en el cual muestra el aspecto personal de los diversos gobernantes a la vez que el político, administrativo, militar, económico, social y cultural del gobierno de los mismos. El segundo bloque estaría comprendido entre los años 161 al 395 que el autor coloca bajo el título global de «La metamorfosis del mundo antiguo», señala los individuos así como los sucesos acaecidos durante estos años plasmando los diferentes cambios y reformas que se están produciendo en el mundo romano, donde ocuparía un lugar de excepción la paulatina importancia de la que va recubriéndose el cristianismo, aspecto que es tratado en las tres últimas subdivisiones de esta segunda parte. El tercer bloque lleva la denominación de «mundo extramediterráneo», que aglutinaría las zonas de Irán, Asia Central, India y China, según palabras del autor en este apartado: «Nos contentamos con ofrecer un bosquejo general del desarrollo histórico hasta finales, aproximadamente, del siglo IV de nuestra era» (p. 516).

Es importante señalar la presencia a lo largo del libro de una serie de láminas (16 en total) acompañadas de un texto aclarativo de las mismas, además de dos cuadros y 12 mapas, sin olvidar que al término de cada una de las subdivisiones en que se ha desglosado la obra aparece una abundante e interesante bibliografía, lo que de igual modo

nos hace notar la importante labor de síntesis llevada a cabo por el autor en la confección de libro. Así pues, nos encontramos ante un excelente trabajo cuya brillante realización es a todas luces incuestionable.

M. Rojo

**MEMORIAS DEL CURA LIBERAL
DON JUAN ANTONIO POSSE CON SU DISCURSO
SOBRE LA CONSTITUCION DE 1812,
MADRID, EDICION DE RICHARD HERR,
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS-
SIGLO XXI EDITORES, 1984**

Juan Antonio Posse es un caso representativo del sector del bajo clero que, durante el largo periodo de la revolución liberal española, se inclinó por las ideas liberales. De origen gallego, nació en 1766 en una aldea de la jurisdicción de Vimianzo, provincia de La Coruña; se trasladó en 1779 a León para estudiar con su tío, que era párroco de Las Muñecas. Desde ese momento estuvo más vinculado a León que a Galicia. Vivió primero con su tío en la montaña y estudió después en la capital, con los Dominicos, durante tres años, tras los cuales completó su formación en la Universidad de Valladolid, donde se graduó como Bachiller, consiguiendo el curato de Llánaves en 1793. En 1796 se trasladó a Lodaes y en 1807 tomó posesión como cura párroco de San Andrés del Rabanedo, donde vivió la Guerra de la Independencia y permaneció hasta que en 1815 fue detenido por sus ideas liberales. Encarcelado durante dos años, con una rocambolesca fuga de por medio, fue liberado provisionalmente en 1817, pero no recuperó su parroquia hasta que triunfó el sistema constitucional de 1820. Parece que también fue perseguido en 1823, pero murió como cura de San Andrés del Rabanedo; al menos, la autobiografía fue escrita allí en 1834.

Las Memorias de Posse tienen interés tanto por la descripción de las costumbres, forma de vida y mentalidad de los habitantes de los pueblos de la montaña leonesa y Galicia, que atrajo especialmente a Gumersindo de Azcárate (primer editor de la obra, que logró que se publicase por entregas en la revista «La Lectura», de Madrid, entre 1916 y 1918), como por el carácter de testimonio de la mentalidad de un cura ilustrado —representante, como antes indicábamos, de un sector minoritario del clero, pero a la vez importante por el papel que jugó durante el siglo XIX— y por la lucidez de los análisis que D. Juan Antonio realiza en algunas ocasiones sobre la circunstancia histórica que le tocó vivir.

Entre estos análisis, se me ocurre destacar unas frases que pronuncia en su sermón sobre la Constitución de 1812, que aparece en el libro como apéndice: «En todas las provincias de España nos mirábamos unos a otros como miraban los griegos y los romanos a los extranjeros, esto es, como enemigos. No había consideración, ni á que todos viviamos baxo un mismo gobierno, de unas mismas leyes, ni a que todos hacíamos los mismos sacrificios. Nadie recibía como una injuria común lo que se hacía a la una ó á la otra provincia. Cada una tenía sus privilegios y sus usos particulares: nadie sabía quién era español. Ahora ya somos españoles los gallegos, andaluces, castellanos, etc...»